

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 18 de Marzo de 1883. | SERIE VIII—N. 94

## La pasión del Redentor.

Cuando se estudian atentamente las herejías, se vé al momento que todas ellas no son en realidad otra cosa, que la negación más ó menos explícita de la *divinidad* ó de la *humanidad* santa de Jesucristo.

Aún aquellas mismas que respetan, al parecer, estos dos dogmas tan importantes, y que se limitan á negar solo algunos puntos de la doctrina del Salvador, algunos de sus sacramentos, ó la infalibilidad de su Iglesia, lo primero que hacen es dudar del poder divino de Jesucristo y combatir su divinidad.

Así el Hijo de Dios hecho hombre por la salvación del genero humano, cuando espiraba en la Cruz, fué objeto de los ultrajes de los dos criminales colocados á sus dos lados: al presente, sentado á la diestra de su Padre y en posesión de su reino, sufre todavía las blasfemias de dos escuelas opuestas: la una que niega que sea *verdaderamente hombre*, y la otra que niega que sea *verdaderamente Dios*.

Más un Dios que no fuera verdaderamente hombre, que no tuviera realmente en sí todas las condiciones de la humanidad, no hubiera podido sufrir ni satisfacer por los hombres. De la misma manera, un hombre que no fuera verdaderamente Dios, que no tuviera realmente en sí todas las condiciones de la divinidad, no hubiera podido hacer que su satisfacción y sus sufrimientos fuesen dignos de la justicia de Dios.

Dios solo, no podía sufrir; hombre solo, no podía satisfacer.

Jesucristo pues ha consumado la obra de la redención del mundo, solo porque es á un mismo tiempo verdadero hombre y verdadero Dios.

Como Dios, ha comunicado á los sufrimientos del hombre un valor infinito; como hombre, ha sido la víctima humana, que debía ofrecerse en sacrificio á la Divinidad.

Por consiguiente, si Jesucristo no se vistió de nuestra misma humanidad, todo lo que ha hecho por nuestra salvación nos es absolutamente extraño; y sinó es realmente Dios, su sacrificio no tiene eficacia alguna para nosotros.

En este supuesto, no hay ya redención, no hay gracia; no hay perdón, ni salvación.

En este supuesto tampoco hay religión, porque todo el edificio de la religión se funda en el dogma de la caída del hombre y en el de la rehabilitación, que es la obra de un mediador, Dios y hombre al mismo tiempo. Si esta rehabilitación del hombre no es más que una quimera, su caída no es más que una fábula; y entonces será necesario rechazar, como otras tantas imposturas, la tradición primitiva, la narración inspirada de Moisés, la revelación cristiana, la historia

universal, unánimes en proclamar esta misma verdad.

En esta hipótesis, no existe la revelación divina; la fé, la ley y el culto no son otra cosa, que palabras vanas; el Cristianismo se desploma todo entero. Supuesto que no existe ya religión alguna, no existe un orden espiritual y divino, no existen penas ni recompensas eternas, el alma se reduce á la nada, y aún Dios mismo deja de existir.

De modo que, el que niega la divinidad ó la humanidad de Jesucristo, se vé arrastrado de error en error, hasta la destrucción de toda verdad, y acaba por precipitarse en la cima espantosa del ateísmo. . . .

Aún nos daríamos por dichosos si esos sectarios de Satanás, el primero y el más furioso enemigo de Jesucristo, ocultasen sus blasfemias en el fondo de sus corazones. Pero ¡ay! sus escuelas, sus academias y sus templos resuenan diariamente con sus impías declamaciones; sus libros y sus periódicos están llenos de ellas; su pretendida teología, lo mismo que su filosofía, su literatura y su enseñanza política, están corrompidas radicalmente.

Con un ardor insaciable y que sería incomprensible si no supiésemos que es obra del inferno, combinan todos sus esfuerzos para propagar estas doctrinas disolventes, en los países mismos donde reina el catolicismo; ellos se ligan para declarar á Dios, en la persona de su Cristo y de su Mesías, una guerra implacable y encarnizada; ellos trabajan con todas sus fuerzas, para arrancar del corazón de los cristianos la fé en el Redentor, para despojar al hombre del precioso patrimonio de sus creencias, para privarle del pan de la palabra de Dios, y para reducirle como el hijo pródigo del Evangelio, á nutrirse con manjares impuros, y á alimentarse con las vanas opiniones de los hombres.

Todos esos sectarios se agitan en todos sentidos para precipitar á los pueblos en el abismo de la duda, de la incredulidad ó de la indiferencia; para destruir en la tierra el reinado de la verdad, y para quitar á los desventurados humanos todo apoyo, todo auxilio sobrenatural y hasta los dulces consuelos de esperanza.

Ved aquí por que, el estado de la controversia religiosa entre ellos y nosotros los católicos ha venido á ser en nuestros días, lo que fué en los primeros siglos de la Iglesia entre los cristianos y los filósofos del paganismo. Ya no se trata hoy de defender tal ó cual dogma cristiano contra un error opuesto; se trata de sostener el edificio entero del Cristianismo, combatido fuertemente en su base por todas las fuerzas reunidas del filosofismo.

Hoy se hace necesario defender la realidad de las dos naturalezas en Jesucristo, dogma fundamental sobre el que descansa toda la Religión cristiana, y contra el que los sofistas de todos los países dirigen sus

ataques con una combinación espantosa.

La guerra que prosiguen con una increíble perseverancia, se dirige nada menos que á la destrucción total de la religión, y esta es tal vez la última prueba que tenía que sufrir en la tierra la verdad de Dios, antes de volverse á los cielos gloriosa y triunfante.

Pero el mejor medio de defender á Jesucristo es el de hacerle conocer; porque la verdad no necesita más que ser conocida, para ser creída y para ser amada.

Sólo en el Evangelio es donde Jesucristo se encuentra representado tal como es en realidad. Este libro misterioso es como el reflejo divino de la augusta persona del Salvador; es el espejo que reproduce con la mayor pureza, su imagen adorable; es el cuadro en que los rasgos magestuosos del Hombre-Dios están dibujados con los colores más vivos y más expresivos, donde está retratado con la mayor fidelidad y la mayor perfección....

Pero la parte del Evangelio que habla al espíritu y al corazón con más elocuencia, es la que nos presenta la narración de los sufrimientos y de la muerte de nuestro Redentor.

¡Que magnificencia en sus cuadros!

El Hijo del hombre, tímido ante la imagen de su pasión, se muestra al mismo tiempo cierto de su triunfo. Él habla en su oración el lenguaje de los más pequeños de entre los justos; y abre á los más fuertes el sendero de la virtud más sublime. Él se horroriza de la muerte, y la acepta con ardor. Él cae á tierra bajo el peso de su tristeza y de su dolor, como el más débil de todos los hombres; y al mismo tiempo derribaba á sus pies, con una sola palabra, un cuerpo de soldados, una turba de viles emisarios que intentan apoderarse de Él, y con una sola señal en que se manifiesta todo el poder de Dios, cura la oreja de Malco desprendida por la espada.

El es amarrado como un vil esclavo; y sin embargo, manda como Señor á sus enemigos, y asegura la libertad á sus discípulos. Él es presentado ante los tribunales, como un criminal sin defensa; y en ellos obra y habla como Juez, inaccesible al temor. Él guarda un silencio que parece ser la confesión de su criminalidad; y hace triunfar al mismo tiempo su inocencia.

El es condenado como culpable; y obliga á sus mismos jueces á darle públicamente el título de *Justo*. Víctimas de las pasiones de los hombres, confunde todos sus proyectos, haciéndolos servir á sus propios designios.

El sufre los tormentos más crueles, las ignominias más atroces, llena de consternación á sus propios verdugos; y Él penetra sus pensamientos más ocultos, Él suspende ó dirige á su arbitrio sus manos crueles. Él se somete como un esclavo á una vergonzosa flagelación; y hace proclamar solemnemente su soberanía. Él sufre la sentencia de Pilatos, y llena de confusión á este juez inicuo.

El consiente en ser clavado en una Cruz; y hace fijar en el infame patíbulo sus verdaderos títulos de *MESÍAS* y de *SALVADOR DEL MUNDO*. Profundamente humillado bajo la inexorable justicia de su Padre, se hace el dispensador de su misericordia. Dios le castiga como á un culpable ante sus ojos, y Jesús le habla con toda la seguridad que dá la santidad, con toda la confianza que puede inspirar el corazón de un hijo.

El se hace obediente hasta la muerte; y conserva íntegras su soberanía y su independencia. Él se entrega como una víctima, en las manos de los que la inmolan; y ora en cualidad de Pontífice, intercediendo como mediador. Al mismo tiempo que se queja de su abandono, promete el paraíso al ladrón arrepentido.

El muere al parecer en virtud de la sentencia pro-

nunciada contra Él, y no muere sino por su propia voluntad, porque Él mismo ha marcado la hora y el momento.

Así pues, sujeto á la muerte, se muestra sin embargo el dueño y el arbitrio de su vida. Parece un insigne criminal, que expía sus delitos en los horrores del suplicio; y sin embargo, se reconoce en Él, el pontífice que consuma su sacrificio.

En esa oración inefable, en que solicita los primeros frutos de su sangre para los mismos que la vierten, hace ver que no le quitan la vida, sino que Él la dá voluntariamente por un esfuerzo de su amor.

La muerte le hiere en un océano de oprobios y de tormentos, lejos de todo consuelo y de todo socorro; más, ¡oh prodigio! Él conmueve el cielo, hace temblar la tierra, oscurece el sol, desgarrá el velo del templo, hiende las rocas, obliga al pueblo á darse golpes de pecho, y cubre á sus verdugos de confusión.

Todos finalmente reconocen, lanzando gritos de consternación y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios.

De modo que la pasión de Jesucristo, que es la página más humillante de su historia, es también la más magnífica y la más gloriosa. Jesús se muestra en ella débil y poderoso á un tiempo mismo; Él es mirado como insensato, y admirado como sabio; Él se deja ver paciente y terrible, humillado y sublime, preso y libre, esclavo y señor, acusado y juez, súbdito y soberano; Él recorre toda la escala de los sufrimientos y del dolor, de la ignominia y del menosprecio; Él descende hasta el grado más infimo á que puede llegar el hombre, y al mismo tiempo se ve rodeado de las pruebas más brillantes que puede imaginarse de la sabiduría, del poder, de la libertad y de la gloria de Dios.

Todas estas circunstancias tan contradictorias y tan opuestas, relativas á un mismo personaje y referidas por cuatro escritores diferentes, no pueden ser obra de su invención.

Unos hechos tan extraordinarios, tan nuevos y tan superiores al poder humano, no pueden ser inventados por el espíritu humano. El hombre no hubiera podido jamás concebir la idea de representar al mismo individuo bajo un aspecto tan vario, con colores tan diversos y con rasgos humanamente imposibles de encontrar, de conciliar, ni de comprender.

Por consiguiente, la historia de la pasión de Nuestro Señor es la expresión sincera y fiel de unos hechos sucedidos realmente: Jesucristo padeció, y murió como los Evangelistas lo atestiguan. Más las circunstancias que refieren los escritores respecto á la pasión y á la muerte de su Divino Maestro, demuestran, mucho más que su vida entera, que Él es *verdadero Dios* y *verdadero Hombre*.

Así pues, en nuestros días, en que los misioneros del infierno se esfuerzan en destruir entre los cristianos la creencia en los dogmas de la humanidad y de la divinidad de Jesucristo, es más conveniente que nunca, es un deber rigoroso, publicar en alta voz y explicar por escrito los misterios, las obras, la doctrina y la vida del Salvador, tales como se encuentran en el Evangelio.

Es muy importante sobre todo referir el grande y sublime misterio de su pasión y de su muerte, en las que apareció como el más débil y el último de los hombres, y en las que probó su divinidad de una manera tan brillante.

La pasión de Jesucristo nos manifiesta también evidentemente el poder de Dios, que obra un cambio universal y triunfa de todo por un medio tan nuevo y tan vil en apariencia.

La pasión de Jesucristo atestigua la liberalidad de

Dios, supuesto que ha dado su propio Hijo al mundo; ella atestigua su misericordia, supuesto que entrega á la muerte este Hijo querido, para comunicar la vida á sus enemigos; ella es la prenda de su justicia, que no perdona ni aún á este Hijo inocente, desde el momento que lo vé cubierto con los despojos del pecado; ella es un homenaje tributado á su sabiduría, que hace sufrir los oprobios y los padecimientos del Redentor, para inspirar al hombre una idea más alta de Dios, para hacerle adorar, servir y amar de una manera más digna.

Finalmente, este grande y profundo misterio nos demuestra, más que otro alguno, el valor y la inmortalidad del alma, supuesto que Dios hizo tanto para rescatarla; el horror y la malicia del pecado, supuesto que para alcanzar el perdón, fué necesario que un Dios padeciese y se entregase á la muerte. El supone igualmente la eternidad de las penas, supuesto que un misterio tan grande no se hubiera obrado seguramente, para librar al hombre de penas temporales y pasajeras.

Por esta razón protestaba San Pablo altamente, que no quería más colegio, que Jerusalén; ni más escuela, que el Calvario; ni más cátedra, que la Cruz; ni más maestro, que Jesucristo crucificado; ni más libro, que su costado abierto; ni más ciencia ni más filosofía, que la que se encierra en la historia de la pasión y muerte de Jesucristo. [Ext. del P. Ventura.]

## Domingo de Ramos.

En la mañana de la feria segunda, que correspondía á nuestro Domingo, cuando ya no faltaban á Jesucristo sino cinco días que pasar sobre la tierra, salió de Betania, acompañado de sus discípulos; y habiendo llegado á Betfage, arrabal de Jerusalén, situado al pie del Monte de las Olivas, llamando á dos de sus discípulos, les dijo:

—Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis atados una asna y un pollino, sobre el que aún no se ha sentado hombre. Desatadlos y traédmelos; y si alguno os dijere alguna cosa, le direis que el Señor los ha menester, y al instante los dejará.

Fueron, pues, los discípulos, é hicieron como les había mandado el Señor; y cuando los desataban, dijeron los dueños:

—¿Por qué los desatais? Y ellos respondieron:

—Porque el Señor los ha menester, y al momento les dejaron llevarlos.

Todo esto se hacía, para dar cumplimiento á la profecía que dice:

*No quieras temer, hija de Sión. Hé ahí que tu Rey viene á tí, lleno de mansedumbre, sentado sobre un pollino, hijo de la que está bajo de yugo.*

Luego pusieron los apóstoles sus vestidos sobre el asna y el pollino, é hicieron sentar á su divino Maestro sucesivamente sobre una y otro.

La asna figuraba la Sinagoga de los Judíos, que ya de largo tiempo vivía bajo el yugo penoso de la ley de Moisés; y el pollino representaba el pueblo de los gentiles, que había vivido hasta entonces sin yugo.

El Señor se sentó sobre los dos, para significar, dicen San Jerónimo y San Agustín, que los que habían de componer su pueblo, serían tomados de Judíos y Gentiles.

Apenas principiaron á caminar para subir á Jerusalén, cuando les rodeó una multitud de piosos israelitas, que acudieron de la capital, de sus contornos y aldeas; y de otro no menor que había venido en aquellos días á celebrar la Pascua. Aún concurrieron muchos gentiles que, temerosos de Dios, venían en esta gran solemnidad á adorar al Señor en su templo.

De toda esta multitud, unos tendían sus capas en el camino para que sirviesen de alfombras: Otros cortaban ramos de los árboles para adornar con ellos la carrera, y todos generalmente llevaban en sus manos palmas ó ramas verdes de oliva, para adornar el triunfo.

Los apóstoles y discípulos que rodeaban al Señor, le bendecían con toda su alma por sus grandes maravillas, y las turbas de hombres, mujeres y niños, que le precedían y seguían, saltaban de alegría, diciendo; *Hosanna Hijo de David* (salvad, Señor, al Hijo de David). *Bendito el que viene, Rey de Israel, en el nombre del Señor.*

[De la Historia de la Religión.]

## Entrada triunfal de Jesucristo á Jerusalén.

¡Oh que dulce contento!  
¡Qué voces tan sonoras! ¡qué armonía!  
¡Oh que inspirado acento!  
¡Oh que pura alegría  
Siente Jerusalén en este día!

O niños candorosos,  
Entretejed guirnaldas y coronas;  
Vengan ramos frondosos,  
Las palmas juguetonas;  
Traigan la mejor flor todas las zonas.

Los ramos del olivo  
Cortad entre lozanas espesuras;  
Con acento festivo

*Hosanna en las alturas*  
Cantad, cantad, ó célicas criaturas.

La alfombrada carrera  
¡Cuán rica! ¡con qué galas hoy se vistel  
Cual florida pradera,  
Cuando ya no resiste  
El invierno al Abril y se va triste.

¡Qué manso y complaciente  
Monta el Rey de Israel sobre el asnillo!  
Corre toda la gente,  
Sin cesar de aplaudillo.  
El viejo con el mozo y el chiquillo.

Las carrozas doradas,  
Soldados y ginetes y caballos  
Y monturas bordadas  
Y cautivos vasallos  
En vano aquí quisieras encontrarlos.

\* Otros son sus arcos,  
Otros sus estandartes y blasones;  
Son más ricos trofeos  
Sencillos corazones,  
Pobres, que andan á pié, doce varones.

Corren, huyen delante  
El demonio y la muerte acobardados,  
Y con místico semblante,  
Ven caer humillados  
Su cetro y su poder pulverizados.

Entra ya en los umbrales  
De la santa Ciudad, Rey de la gloria;  
Loores inmortales  
Pregonen tu victoria  
Y eternice la fama tu memoria.

Que bien la Iglesia santa  
Representa aquel día venturoso,  
Mientras *Hosanna* canta;  
Y el incienso oloroso  
Se exhala perfumando el ramo hermoso.

Juntemos con las palmas  
Olivos y laureles triunfales,  
Fervor de nuestras almas,  
Perfumes celestiales,  
Que suban á los átrios eternos.

J. R.

## Bella frase de un héroe.

Godofredo de Bonillón, Jefe de la primera cruzada, después de una serie de combates y de victorias en que hizo prodigios de valor, tomó la ciudad de Jerusalén y rescató los lugares santos.

Todos los príncipes cruzados y todo el ejército lo proclamaron unánimemente *Primer Rey de Jerusalén*, y dispusieron lo necesario para la ceremonia de su unción y coronación.

Pero al presentarle la rica corona de oro y de diamantes, el piadoso príncipe no consintió que la pusiesen sobre su frente, diciendo:

—¿Cómo podré yo llevar una corona de oro y de diamantes en la misma Jerusalén donde el Hijo de Dios, Soberano y Criador del universo, llevó una corona de espinas por expiar mis pecados? Un vil mortal, ¿podrá recibir en Jerusalén mayores honores que el Todo-Poderoso?

Este héroe no lo consintió jamás; y los príncipes cristianos que le sucedieron en el trono, lo imitaron en su humilde piedad.

En efecto, los Reyes de Jerusalén no usaron corona, por veneración á la corona de espinas de Jesucristo, y por respeto á la humildad del primero y más valiente de los cruzados.

MICHAUD, *Hist. de los Cruzados.*

## ECCE HOMO.

Él era Dios, y por decreto arcano  
De inefable inmortal sabiduría,  
Bajó á encarnarse como sér humano  
Dentro del casto seno de María.

El se hizo hombre, y en su noble frente,  
De su clara pupila en la dulzura,  
Y en su humilde y sereno continente,  
La luz del cielo reflejaba pura.

El era Justo, y sin que vil pecado  
De su virtud el brillo sin segundo  
Con su aliento le hubiese mancillado,  
Cargó sobre sí mismo los del mundo,

¡Oh misterio de amor! El que dispone  
De los bienes y males de la suerte,  
Manda que toda dicha le abandone,  
Y, obediente á la cruz, corre á la muerte.

Y ¡oh proterva maldad! Aquellos mismos  
Que recibieron sus mercedes santas,  
Cual precita legión de los abismos,  
Hiérenle de la frente hasta las plantas.

¿Qué hizo JESUS DE NAZARETH? ¿Qué intenta,  
Para ultrajarle así con saña loca?

¿Qué bien no nace do su pié se asienta?  
¿Qué consuelo no mana de su boca?

¡Los siegos ven! Y tras la noche horrible  
Que en tiniebla de muerte los sumía,  
Pueden gozar del sol la luz sensible;  
Y, con la luz, del bien y la alegría.

¡Los cojos andan! Y al letal reposo,  
Do les ataban invisibles grillos,  
Sucede el ágil salto vigoroso,  
Señal de dicha en ánimos sencillos.

¡Los leprosos se limpian! Y la negra  
Podredumbre, que el mundo les cerraba,  
Viene á quitar rubicundez que alegra,  
Y qué de toda imperfección los lava.

¡Los sordos oyen! Y al silencio mudo,  
Que les hizo yacer como en la tumba,  
De la vida el rumor sucede rudo  
Que en varios sonos por los aires zumba.

¡Los muertos resucitan! Y del seno  
Del sepulcro fatal, mansión de espanto,  
Salen con rostro de entusiasmo lleno,  
Que les hace verter gozoso llanto.

¡Y los pobres, á más, se evangelizan!  
Y, al conocer la redentora nueva,  
Con los ricos magnates fraternizan,  
Porque un camino solo, á Dios los lleva.

Decid, decid, ingratos y traidores  
Que ante el Gábbatha estais, en odio ardiendo,  
¡Por cuál de estas mercedes y favores  
La muerte de JESUS pedís rugiendo?

Vedle allí, como sale del Pretorio  
Vertiendo, sin gemir, sangre incoente;  
Con un manto de púrpura irrisorio,  
Con corona de espinas en la frente.

Mostrando un cetro de silvestre caña,  
Ligadas ambas manos bienhechoras,  
Sudorosa la faz que el duelo empaña,  
Tristes los ojos, antes dos auroras!

Y todo sin quejarse lo ha sufrido,  
Viles azotes, bárbaros ultrajes,  
Manos que sus mejillas han herido,  
Salivas y blasfemos homenajes.

¡Tanta desolación! Y ¿no os apiada?  
¿Y mirarle podéis con ojos fijos?

¡Bien pedís que su sangre inmaculada  
Sobre vosotros caiga y vuestros hijos!

Sabrá vuestro castigo el universo;  
Y al ver narrada ingratitud tan fiera,  
Dirá, huyendo de horror: "¡Pueblo perverso!  
¡Mas ciego y duro que Pilatos era!"

Y ese, á quién vilipendia mofa impía,  
Varón de sufrimiento y de dolores,  
Vendrá en las nubes al postrero día,  
Rey de reyes, Señor de los señores.

Y al verle de esperanza sin asomo,  
Premio dar á las almas inocentes,  
Diréis desesperados: ¡*Ecce Homo!*  
¡Será allí el llanto y el crujir de dientes!

ANTONIO ARNAO.

## La Semana Santa en Jerusalén.

Nada más grande, más sublime, más conmovedor que la Semana Santa en Jerusalén, celebrada por un puñado de religiosos en los mismos lugares testigos de nuestra redención, y que llevan consigo el sello de la más augusta y poética tristeza.

El DOMINGO DE RAMOS acuden á Jerusalén los religiosos de todos los conventos de Tierra Santa, los habitantes de Belén y otras villas circunvecinas, y los peregrinos de todas las naciones del mundo.

Cerca del altar provincial, levantado á la entrada del Santo Sepulcro, se colocan las palmas que traen de Gaza la noche del Sábado; y el Padre Guardián de los Franciscanos, revestido de una magnífica capa morada, mitra y báculo, se adelanta hácia el altar acompañado de sus asistentes, al compás del *Hosanna Filio David*, que entonan los chantres, y repite la multitud con el fervor más vivo.

El Padre Guardián bendice las palmas, y toma para sí una adornada de flores, que entrelazadas forman al remate una corona pontifical, dando otra parecida al Padre Procurador, y distribuyendo algunas entre los religiosos y principales católicos.

Terminada la distribución de las palmas, la procesión se pone en marcha, dando tres veces la vuelta al redor del Santo Sepulcro.

Después de la procesión de los católicos, se verifica la de los armenios. El culto armenio es uno de los más

brillantes y suntuosos, apareciendo la procesión como un inmenso bosque de sembradoras palmas, entre las que centellean las deslumbradoras vestiduras de los obispos, bordadas de plata y oro; embalsamando la atmósfera la perfumada nube que se exhala de los incensarios de los levitas.

El MIÉRCOLES SANTO, á las tres de la madrugada, los Padres de Tierra Santa se trasladan procesionalmente á la gruta de *Getsemani* ó de la *Agonía*, donde Nuestro Señor sudó sangre y agua.

La procesión sale de Jerusalén por la puerta de Babel Sidí-Miriam (puerta de Santa María, que guía al sepulcro de la Virgen), y atresando el valle de Josafat y el torrente Cedrón, entra en el huerto de *Getsemani*, donde aún existen ocho corpulentos olivos que, según la tradición, existían ya en tiempo de Jesucristo. La santa Cueva, situada al pié de la montaña de los Olivos, y que se encuentra aún en el mismo sitio que en los tiempos de la Pasión, está sostenida hácia la parte del Mediodía, donde forma un semicírculo por tres pilares naturales, y recibe la luz por una hendidura situada en la parte superior, y cubierta con una rejilla para evitar la profanación. Bájase á ella por ocho escalones cortados en la misma roca. Es de una figura irregular, y tiene sesenta y seis palmos de largo por cuarenta y dos de ancho.

Como este lugar es donde el Salvador del mundo sintió todos los horrores de la muerte, experimentó tormentos sin medida, levantó sus desfallecidas manos, sudó sangre y agua, en una palabra, sufrió todo el peso de la más incomparable agonía, se levantó en él un altar de varias piedras colocadas en seco, sobre las cuales se ponen el mármol y los demás adornos. Hay en la pared un cuadro que representa á Nuestro Señor sostenido por el Ángel que viene á fortificarle, y la siguiente inscripción, que el tiempo casi acaba de borrar:

*Hic fructus est ejus, sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram.—Mi Pater, si vis, transfer calicem istum á me.*

En este día se alfombra la Cueva, y desde las tres y media hasta las siete se celebra en ella ocho misas, durante las cuales se rezan Prima, Tercia y Sexta. Un religioso español canta la misa mayor, siguiendo una costumbre antiquísima. También es grande la emoción que causa el canto de la Pasión en esta Cueva. La estación se termina con las Letanías de la Virgen, y se regresa al monasterio.

A las tres de la tarde los religiosos de San Salvador se reúnen en la iglesia, y habiendo tomado asiento en bancos preparados ante el Santo Sepulcro, empiezan el Oficio de tinieblas.

El corazón parece comprimirse al oír cantar, durante el aniversario del mayor de los crímenes y de las más grandes calamidades de Jerusalén, las Lamentaciones de Jeremías en el mismo lugar donde, deshecho en lágrimas este Profeta, se sienta y las escribe, y en la misma ciudad para quien tales cosas presagiaba.

Al concluirse las Tinieblas, el Padre vicario del coro primeramente, y luego los otros religiosos, hacen un poco de ruido pegando con los libros sobre los bancos, y al instante los niños de dentro de la iglesia ó detenidos en la puerta, ensordecen con las matraacas y otros instrumentos que habían prevenido.

¡Qué efecto no debe producir esto en el paraje mismo en que, chocando las piedras, se rasgó el velo del Templo!

El día de JUEVES SANTO, aniversario de la institución de la sagrada Eucaristía, se designa en Jerusalén con el augusto nombre de *Día de los Misterios*.

En ese día la iglesia del Santo Sepulcro, adornada con la mayor solemnidad, se ve invadida por multitud de fieles.

La misa celebrada por los religiosos Franciscanos de Tierra Santa empieza á las nueve, y el Preste y los presbíteros asistentes ostentan magníficos ornamentos de terciopelo negro bordado de oro.

Terminada la misa aparecen seis religiosos con brillantes capas pluviales, bordadas de oro y plata, sosteniendo

un magnífico palio para recibir al Padre Guardián, que con gran pompa conduce al Santísimo Sacramento.

Caminando por entre dos filas formadas por los Padres de Tierra Santa, que llevan hachas encendidas, la procesión, entonando los himnos sagrados, dá tres veces la vuelta al Santo Sepulcro, deteniéndose á la tercera en la puerta.

El Preste, acompañado de los asistentes, entra en el interior, iluminado con profusión de lámparas y cirios; deposita la sagrada Eucaristía en un tabernáculo portátil de plata labrada, le coloca sobre el que cubre el Santo Sepulcro, y después de haberle adorado por algunos instantes vuelve á salir, y desde el umbral de la puerta entona las Vísperas, mientras en la iglesia se desnudan los altares.

El sagrado Cuerpo del Señor queda así sobre el sepulcro, hasta el Oficio del siguiente día, adorándole sin interrupción dos religiosos, que se relevan cada hora.

Por la tarde, á las cuatro, se hace la ceremonia del Lavatorio ante la puerta del Santo Sepulcro. El Padre Guardián vestido con alba, y asistido del diácono y subdiácono, lava los pies á doce peregrinos, y les da una memoria de aquella solemnidad.

Después de Lavatorio se vuelven los Padres á cantar el Oficio de tinieblas.

Ninguna otra ceremonia se practica en este día; pero los cristianos acostumbran visitar algunos de los parajes, en los que en tal día obró el Hijo de Dios algún prodigio.

Los latinos conservan exclusivamente el derecho de usar la iglesia del Santo Sepulcro desde la mañana del Jueves hasta el mediodía del Viernes. Los griegos, no pudiendo entrar en el templo, levantan un altar en el atrio, donde celebran sus ceremonias. Inmensa multitud de cristianos griegos, armenios, maronitas, coptos, &c. llenan las calles adyacentes, azoteas y conventos, orando piadosamente: impresionan y conmueve el alma la piedad tranquila de tanta gente.

El VIERNES SANTO los Padres Franciscanos celebran el Oficio de la mañana en el Calvario con las más tiernas ceremonias; se canta la Pasión, se adora la Vera-Cruz y se transporta procesionalmente el Santísimo Sacramento á la iglesia de San Salvador.

Después del Oficio invaden los griegos el templo, que en menos de media hora se transforma en una especie de hostería, porque el gran interés para aquellos cismáticos no está precisamente en asistir á la representación de la muerte de Cristo, sino en recibir el sagrado fuego del Sábado Santo. Lo que entonces pasa es indescriptible, y de ello nos ocuparemos otro día.

Toda la comunidad, con el Padre Guardián á la cabeza, toma en el suelo una frugal comida de pan y agua con algunas hojas de ensalada.

Después se canta, como en los días precedentes, el Oficio de Tinieblas, y se empiezan las Estaciones. A fin de grabar más profundamente en los corazones el recuerdo de la Pasión y muerte del Salvador, los religiosos hacen cada año una función del todo conforme al genio de los orientales.

Por medio de una bellísima figura de tamaño natural, cuya cabeza y miembros son flexibles y se prestan á todo movimiento, se presenta la crucifixión y descendimiento de una manera sorprendente.

A las seis de la tarde los Padres de Tierra Santa salen, con este gran Crucifijo, de la capilla de la Santísima Virgen. Seguidos de fieles en dos hileras y con antorchas en las manos, van cantando alternativamente el *Sabat Mater* y el *Miserere*.

La procesión se detiene primeramente en el altar de la *División de los vestidos*, situado en el mismo paraje en que los soldados se dividieron los de Jesús. Nótese que, según la costumbre del país, eran tres los vestidos que se llevaban puestos, á saber: túnica ó camisa, de una sola pieza; sobre esta, otra más larga llamada *dolmán*, y el *tertales*; de modo que los dos últimos fueron despedazados y repartidos, y el primero se adjudicó por suerte.

Esta capilla tiene cinco pasos de longitud por tres de altura.

De esta capilla se pasa á la de los *Improprios*, donde un religioso español dirige algunas palabras á la muchedumbre. Llámase de los *Improprios*, por venerarse la columna en que estaba sentado Jesucristo mientras preparaban lo conveniente á su suplicio. La tal columna tiene dos pies de elevación por cuatro de circunferencia. Es de jaspe negro, blanco, rojo y verde. La capilla tiene cuatro pasos de largo por uno y medio de ancho.

A diez pasos de la capilla de los *Improprios* se halla una escalera de veinte escalones, y se sube al monte Calvario. Está cubierto de mármoles y dividido en dos capillas por medio de arcos.

La que se ve hácia el Septentrion es donde el Señor fué clavado en la cruz. Los Padres Franciscanos celebran todos los días en este lugar la santa misa.

En la otra que está al Mediodía, se plantó la cruz de Jesucristo: todavía existe el agujero abierto en la peña, de profundidad de pie y medio, además de la tierra que tendría encima. En su inmediación está el paraje donde se pusieron las de los dos ladrones. El agujero donde se metió la santa Cruz es del diámetro de un palmo; está cubierto con una plancha de plata.

Al llegar á este paraje la procesión, el religioso que lleva el Crucifijo lo deposita respetuosamente al pie del altar, y el Padre español prosigue su discurso en medio de la multitud enternecida. Se clava la imagen en la cruz: el crucifijo es levantado y puesto en el mismo lugar en que fué elevada la verdadera cruz; sobre la cual se consumó la salud del género humano. El Padre recuerda entonces las últimas palabras del Salvador.

Después de un cuarto de hora de profundo silencio, interrumpido tan solo por suspiros y lágrimas, uno de los Padres sube á lo alto, quita de la angusta frente la corona de espinas, y arranca los clavos de los pies y manos de Jesus, en tanto que otros religiosos sostienen con blanquísimos lienzos los descoyuntados brazos, verificándose el descendimiento en el mismo sitio y la misma forma que el del Salvador.

El celebrante primero, y en seguida la comunidad, se adelantan en silencio, se prosternan y besan con respeto la corona y los clavos, y los presentan á la veneración de la multitud. En seguida la procesión sigue su marcha, trayendo un religioso en una azafata de plata la corona y los clavos.

Otros cuatro conducen la efigie, deteniéndose en la *Piedra de la Ucción*, en la que José de Arimatea y Nicodemus ungieron el sagrado cadáver. Se halla cubierta con una tela fina, en cuyos cuatro ángulos hay otros tantos vasos de perfumes.

Envuelto el cuerpo en el sudario, se le coloca en ella, descansando la cabeza en una almohada. El Preste se arrodilla, le rocia de esencias, quema incienso, mira y aloes, y la procesión continúa hasta la iglesia, donde se coloca la santa efigie sobre el Santo Sepulcro.

Durante la Semana Santa, los sacerdotes armenios se reúnen en el Santo Sepulcro, ocupándose día y noche en cortar infinitos pedazos de tela blanca del tamaño de una sábana, en las que escriben algunas palabras en caracteres armenios, tocándolos después al santo Sepulcro.

Estas sábanas se venden con gran estimación á los peregrinos que acuden de todo el orbe á Jerusalén, y que regresan á sus hogares, más orgullosos con aquella humilde mortaja, que con todos los tesoros de la tierra.

Para el peregrino que haya elevado su corazón á Dios en el Santo Sepulcro, aquel blanco sudario tocando á la tumba del Redentor del mundo, será en la última hora una prenda de paz y redención.

(De la Revista Popular de Barcelona.)

## El Descendimiento de la Cruz.

En la cima del Calvario  
No se escucha ni un gemido,  
El silencio se ha esparcido  
Del asombro y estupor.

Ese silencio que asusta,  
Y en pos de la muerte viene;  
El silencio que retiene  
Los lamentos del dolor.

Callados bajan dos hombres  
A Jesús por la ancha escala;  
La Madre su acento exhala  
Queriendo al Hijo abrazar este bien.  
Y al percibir el contacto  
De los miembros ateridos,  
Se quebrantan sus sentidos  
Sin permitirle llorar.

Al pié de la cruz sentada,  
Inclinado el rostro y fijo  
Sobre el labio de su Hijo  
Que no le responde ya,  
Mirando sus ojos yertos,  
Recibe impresión tan dura,  
Que entre ambos cuerpos se duda  
Cuál es el que vivo está.

Extasiada en su quebranto,  
De dolor el pecho lleno,  
Extrecha contra su seno  
El cuerpo del Hacedor;  
Y al posar su hermosa frente  
Sobre las sienes divinas,  
Hacen brotar sus espinas  
Nueva sangre en derredor.

De la Virgen dolorosa  
El rostro afligido y triste  
Pintor humano no existe  
Que pueda reproducir;  
Usára en vez de colores  
Las lágrimas de agonía,  
Por lienzo la frente fría  
Del que acaba de morir.

Para explicar su tormento,  
Que ningún consuelo amengua,  
No tiene voces la lengua  
Con que poderlo expresar;  
No hay afección en el hombre,  
Ni notas hay en la lira,  
Ni en el pecho que suspira  
Gémidos con que llorar.

No pretendo ¡Virgen pura!  
Profundizar en tu herida;  
Madre del Dios de la vida,  
Has visto á tu Dios morir.  
Explicar lo que sufriste  
Fuera temerario intento:  
Aquí en mi pecho lo siento,  
Mas ¿quién lo puede decir?

Prostrado ante tí de hinojos,  
Lloro ferviente contigo;  
Tu sacrificio bendigo  
De santa resignación:  
Y ya que cantar tus penas  
Mi humilde labio no sabe,  
Deja al menos que te alabe  
Y te envíe mi oración.

JOSÉ MARTINEZ ALOY.

## Una devoción célebre

Á LOS DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

El Soberano Pontífice Pío IX, el Grande nació en Sinigaglia, hijo de los ilustres condes de Mastai-Ferretti, en 13 de Mayo de 1792.

Al contemplarle su madre acostado en la cuna, comprendió, en la primera mirada de aquel niño algo que no era de la tierra, y en su primer llanto adivinó también no sé que angustia extraordinaria.

La noble señora, instruida en el fondo de su corazón por misteriosos y maternales presentimientos, acordóse del Calvario.

Dominada por este recuerdo, se prostró delante de una imagen de la *Virgen de los Dolores*, y levantando al niño en sus brazos, exclamó:

—¡Oh María! ¡Oh Madre Dolorosa! Dignaos aceptar este hijo mío, como adoptasteis al discípulo amado bajo la Cruz. Yo os lo entrego y lo consagro á Vos! La Virgen dolorosa aceptó sin duda aquella ofrenda y le tomó bajo su amparo.

Porque aquel niño, años después, fué elevado á la más alta dignidad de la Iglesia Católica, y entonces hubo entre María y él las más íntimas analogías y los más recíprocos amores.

María dió á Pío IX tanta participación de sus dolores, que el signo característico de su pontificado fué *Cruz de Cruce*.

Pío IX honró tanto á María, que hizo arrodillar al mundo entero ante el hermoso dogma de su Inmaculada Concepción.

### LA SEPULTURA DE CRISTO.

¡Pobre Madre! . . . muerto el sér  
Que amó con tanta ternura,  
Al pié de su sepultura  
Se siente desfallecer.  
Ella le vió padecer  
Por el hombre que lo inmola;  
Con esplendente aureola  
Le vió en la cruz espirar;  
Más ¡ay! . . . al verlo enterrar,  
Queda tan triste, . . . tan sola! . . .

Y es tan grande la aflicción  
En su amarga soledad,  
Que mal puede su bondad  
Endulzar su desazón.  
Se le parte el corazón  
Al mirar la tumba fría,  
Que ha de guardar su alegría  
Con la prenda de su amor,  
Porque no hay pena mayor  
Que la que sufre María.

Así lloraba afligida  
La Madre de los amores,  
Apurando sus dolores  
Junto á la tumba querida;  
Y al mirar yerto, sin vida,  
Al sér que tanto bendijo,  
En su tormento prolijo  
No hay consuelo que la cuadre . . .  
Porque no lo halla la madre  
Cuando le entierran un hijo.

Ella, que admiró su anhelo  
Por salvar la humanidad,  
Y adorando su bondad  
Le vió descender del Cielo,  
Hoy un doble desconsuelo  
Siente en su alma angelical;  
Porque Madre, por igual  
De Cristo y del pecador,  
Ve muerto al Hijo mejor  
Por el hijo criminal.

Pero es tanta su virtud,  
Que, aunque desolada llora,  
Gracia y perdones implora  
Por la humana ingratitud.  
Con maternal inquietud,  
Ante el crimen sin segundo,  
Contempla el caos profundo  
Que envuelve á los pecadores,  
Y ofrece á Dios sus dolores  
Para que salven al mundo.

Al mundo, que escarneció  
La gloria de su Hijo amado,  
Que insensible y despiadado  
En sus penas se gozó;  
Al mundo, que la causó

Tan aciagas desventuras;  
Al mundo, cuyas locuras  
No dejaron percibir  
Que el que condenó á morir  
Era el Rey de las alturas.

Por eso angustiada llora  
Con infinito pesar,  
Viendo que ha de abandonar  
Al que lo inmenso atoraa;  
Ante sus restos deplora  
Su dolorosa pasión,  
Su soledad, su aflicción;  
Más Dios, al vér su quebranto,  
Convierte su amargo llanto  
En lluvia de Redención.

Pueblo . . . ven con ansiedad  
Al pié de la tumba fría,  
A consolar á María  
En su triste soledad,  
No aumentes con la impiedad  
Su infinito desconsuelo:  
Mira su materno anhelo  
Con rendimiento profundo;  
Piensa que su Hijo abrió al mundo  
Las santas puertas del cielo.

JOSÉ ESCRIB DE OLORIZ.

### EL ESPECTRO DE PILATOS.

I.

EL PROCÓNSUL DE JUDEA.

Conmovida estaba la ciudad de Salomón; la plebe de Jerusalem, capitaneada por los pontífices Anás y Caifás, rodeaba la morada del Presidente, representante del emperador romano Tiberio, y pedía á gritos la muerte de un hombre que no había hecho otro crimen que obrar milagros, dar vista á los ciegos, habla á los mudos, librar endemoniados y robar á la tumba los cadáveres del hijo de la viuda de Naím y del hermano de Marta y María, dándoles vida y dándosela también al cadáver de la hija de Jairo.

—¿Y por qué se le condenaba?

—¿Qué pedía este pueblo iluso?

¡Ay! el objeto de su execración había hablado demasiado claro; había reprendido los vicios, empezando por lo más alto; y los fariseos, los escribas y los ancianos de Jerusalem rechinaban de dientes, porque defendió á la Magdalena y les echó en cara sus obscenidades, cuando quisieron apedrear á la mujer adúltera.

Y por esto fanatizaron al pueblo; porque el pueblo entonces, como ahora y siempre, es y será juguete é instrumento de las pasiones de los que quieren medrar á su costa; el pueblo casi siempre es menor de edad. Y el pueblo ¡infeliz! pedía la muerte del Justo.

Pilatós salió, porque los judíos no querían entrar en su casa, para no contaminarse pisando la morada de un gentil; les preguntó:

—¿Qué mal ha hecho el que me entregais? yo le hallo inocente, y Herodes vuestro rey no le halla culpa: ¿por qué pedís su muerte?

—Porque se llama Hijo de Dios.

—¿Y á mí que me importa? ¿creo yo acaso en vuestro Dios?

Entonces para contentarles, dió orden á sus soldados que cogiesen al acusado y por castigo de su audacia le azotasen. Cerró la puerta, y la plebe quedó fuera. En ese instante se le presentó un esclavo, y le dijo:

—Tu esposa me manda que te diga de su parte, que no te metas en la causa de este Justo; pues ella ha padecido mucho en sueños por él esta noche.

Y Pilatos, á fuer de romano supersticioso, temió mucho al oír este mensaje.

El Procónsul quedó pensativo, oyéndose fuera, el murmullo del pueblo alborotado; más un ruido de pisadas le volvió á su acuerdo: levantó los ojos y palideció al ver el triste espectáculo que tenía delante.

Entre cuatro sayones de aspecto patibulario se veía un Hombre . . . ; pero mal lo decimos, era más bien un cadáver. . . apenas podía tenerse en pié. . . tan mal lo habían tratado.

Era alto; sus facciones eran bellísimas, pero estaba pálido, y corrían en su rostro gotas de sangre que se perdían en su cabellera y su barba; rodeaba su cabeza una corona irrisoria de juncos marinos, que la bárbara crueldad de sus verdugos clavara en ella, y sus afiladas puntas, penetrando en el cráneo, le hacían chorrear sangre; la flagelación que sufriera era capaz de ocasionar la muerte á cualquier hombre. Para burlarse de él; los sayones echaron sobre sus espaldas un harapo de púrpura, sosteniendo con una mano una caña verde que por mofa le pusieron. ¡Y los sayones se reían!

Al ver tanta desgracia el Presidente tuvo compasión, hizo un gesto de desagrado que obligó á poner fin á las risas, y saliendo á un balcón con el infeliz moribundo, dijo á la plebe:

—¡Hé aquí el Hombre! ¿qué queréis que haga de él?

Un grito unánime, un rugido de hienas contestó al Presidente:

—¡Crucificalo! ¡Crucificalo!

—Pero ¿qué mal ha hecho? gritó desatinado Pilatos.

—¡Crucificalo! gritaron de nuevo con más furor.

—Debo soltaros á un reo para que celebres la Pascua: ¿á quién queréis que os suelte? ¿á Jesús, el que se llama vuestro Rey?

—¡No! ¡No! gritaron, queremos á Barrabás.

—Pero es una iniquidad, exclamó el Presidente; Barrabás, merece mil muertes, es ladrón, sedicioso y homicida, y éste es inocente.

—Queremos á Barrabás, dijeron los pontífices, los fariseos y los ancianos. ¡Qué muera Jesús! de lo contrario, no faltará quien lo diga al César.

Pilatos palideció á esta amenaza, pues sabía que Tiberio era terrible en sus venganzas.

Entonces llamó á un esclavo y le pidió lo necesario para lavarse las manos; mojóselas con agua y se las restregó diferentes veces; y sacudiéndolas después sobre la plebe, les roció con el agua que caía de ellas, diciendo:

—Yo estoy inocente de la muerte de éste: su sangre caiga sobre vosotros.

Y tomando un pergamino, firmó la sentencia. Entonces Jesús miró á su juez con expresión de lástima, de teniendo en él su mirada triste, pero sin odio alguno.

Pilatos palideció y bajó la cabeza.

En ese instante se oyó, como salida del abismo, aun carcajada estridente, terrible, interin el populacho feroz gritaba:

—¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Y la carcajada del infierno volvió á oírse, y el pueblo satisfecho se llevó á su víctima, quedando el Procónsul con el rostro entre las manos, mientras que los ecos del Calvario repetían la risa infernal.

## II.

### EL MONTE MALDITO.

Concluyó la terrible tragedia.

Jesús fué crucificado entre Dimas y Gestas, dos famosos ladrones, y la sangre del Hombre-Dios se derramó junto con la de los dos foragidos, uno de los cuales por el último milagro de Jesús en su vida mortal, se trocó en santo y le acompañó en la gloria.

Más tarde toda Jerusalén habló de la resurrección de Jesús, y los escribas, los fariseos y los ancianos rechinaron de dientes: Esteban fué la primera vic-

tima de la fé, y las piedras de su suplicio fueron la primera semilla de los Mártires.

Un día el Procónsul de Judea estaba solo en su morada, cuando se presentó un romano acompañado de la guardia pretoriana, y le entregó un rollo con el sello del César.

Pilatos lo abrió temblando y lo leyó.

Aquel hombre era su sucesor, y le mandaba comparecer ante Tiberio, por haber derramado sin motivo la sangre del Justo.

Poncio Pilatos bajó la cabeza y atravesó, acompañado de la guardia y prisionero de Estado, las calles de Jerusalén, las mismas que Jesús recorriera con la cruz á cuestas para ser ejecutado por orden del juez inicuo.

Nadie le compadeció en su desgracia.

Su mujer, por todo consuelo, le dijo:

—¡Bien merecido lo tienes; creyérasme cuando te dije: No te mezcles en la causa de este justo!

Pilatos compareció más tarde ante Tiberio, el cual le desterró á Iberia, y le mandó encerrar en un castillo antiquísimo rodeado de murallas ciclópeas, situado sobre una altura que dominaba una de las mayores ciudades del orbe, y era la primera capital de Iberia, la antigua Tárraco por lo cual aquella parte de Iberia se llamaba Tarraconense.

En aquella lóbrega cárcel pasó el que fuera presidente de Judea la mayor parte de su triste existencia.

Salió de aquella prisión no se sabe si evadiéndose, ó si á causa de la muerte de Tiberio recobró la libertad, ó si concluyó los años de castigo; solo sí que fué errante y pobre por la Iberia, y de allí pasó á Galia, en donde, por ser su nombre romano, era aborrecido: sus habitantes al verle, en vez de tenerle compasión, le arrojaban piedras.

De noche, solo en los bosques más inmensos de la Galia, tan inculta entonces, le parecía que veía fija en él aquella mirada tan dulce del Hijo de Dios, aquella mirada triste y sin odio alguno que le echó cuando firmó su sentencia; y como huyendo de sí mismo, anduvo y anduvo para librarse de aquellos ojos fijos en él, y entró en un país más salvaje aún, envuelto en nieblas, cubierto de bosques de abetos y de lagunas y lagos inmensos.

Era la Helvecia, pero sus moradores eran salvajes, de feroces costumbres, y tampoco quisieron recibir al romano.

Muerto de hambre subió á un monte, en la cima del cual había una laguna: la tempestad bramaba y el agua parecía negra; Pilatos miró al cielo; el firmamento parecía de plomo; de pronto le pareció que á la otra parte de la laguna se le aparecía una visión terrible.

Le pareció ver á Jesús medio desnudo, cubierto de sangre, coronado de espinas y con una caña verde entre las manos. La visión clavó en él su mirada, aquella mirada dulce y triste, pero sin odio ni reprensión; el desdichado Presidente dió un grito que repitieron los ecos de los montes, y se arrojó al lago.

Desde entonces, cada vez que amenaza una tempestad, las nubes se amontonan sobre el monte, que se llama monte Maldito: al desencadenarse los elementos, el velo de nieblas que lo cubre parece rasgarse; y los naturales del país dicen que á la luz de los relámpagos, ven una figura extraña junto al lago del monte Maldito.

Ven un hombre envuelto con un manto de púrpura, que, inclinado sobre la laguna, se lava sus manos ensangrentadas, y se las restrega con desesperación sin poderlas quitar las manchas de sangre.

Es el espectro del Procónsul de Judea, que en vano quiere lavarse las manos, para quitar de ellas la mancha de la sangre del Hombre-Dios.

FRANCISCO DE P. CAPELLA.

TIPOGRAFIA DEL COSMETÁ, CALLE DEL DOMERCO.